





EL MONZÓN
DE LOS MILAGROS



Jorge Figueras Sierra

EL MONZÓN
DE LOS MILAGROS



Primera edición: abril 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jorge Figueras Sierra

ISBN: 978-84-17784-56-0

ISBN digital: 978-84-17784-57-7

Depósito legal: M-10060-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a mis queridos padres, hermana, sobrina y
mascota.
A la asociación Shiva de Blanes.
A la peña «pegote» de Sástago. (Zaragoza).*



Capítulo 1: Sadhana y el templo de la diosa Kali

Amanecía sobre las densas y tupidas selvas del sur de la India, escondido en lo más profundo de la jungla se erguía orgulloso el milenario templo de la diosa Kali. Dos enormes columnas de mármol blanco daban acceso a una majestuosa cúpula de pizarra negra que cubría la estancia principal, un espacio para la meditación presidido por la estatua de cuatro brazos de la diosa Kali. Al fondo de la circular estancia asomaba una gran puerta dorada que daba acceso al cuidado jardín del santuario, un bucólico trocito de bosque que se abría en pequeños huertos adosados y espectaculares árboles frutales. A lo lejos, un nervioso riachuelo bajaba serpenteando de las lejanas montañas mostrando sus aguas cristalinas, un borboteo de vida y color que abrazaba las robustas cabañas de los monjes iniciados. Sadhana Sharma era la suprema sacerdotisa del santuario por obra y gracia de sus extraordinarios dones, unos poderes sobrenaturales que había ido adquiriendo a fuerza de absorber la energía vital de sus víctimas. Después de desayunar en silencio contemplativo y recogimiento interior, los veinte iniciados e iniciadas del templo se dirigieron hacia la gran sala de las meditaciones, expectantes y contemplativos se sentaron en círculo alrededor de la estilizada figura de la diosa negra de la destrucción. Pasados unos minutos se abrió la descomunal puerta dorada y apareció la sensual figura de Sadhana, una prodigiosa joven de profundos ojos verdes y piel oscura como el ébano, de

larga cabellera negra y torso escultural. Alta y estilizada, la hipnótica sacerdotisa contorsionaba su cuerpo al compás que marcaba el tórrido aire de la mañana, balanceando con gracia su voluptuosa figura y solo ataviada con una vaporosa túnica de color rojo sangre. La angelical criatura avanzaba con gesto impenetrable y sin apenas tocar el suelo, enigmática y magnética se arrodilló con gesto sumiso ante la azulada representación de la diosa Kali, seguidamente tomó asiento frente a sus acólitos en perfecta posición de loto.

—Hace una semana tuve una reveladora visión que esperaba hace muchas lunas —comenzó a exponer la misteriosa sacerdotisa—. En ella se me mostró la entrada física que conduce al mítico reino de Shambhala, y por lo que he podido consultar estos días en la biblioteca, el portal de entrada solo puede hallarse junto a los extensos bosques que rodean la pequeña villa de Naggar, concretamente bajo una de las losas de un antiguo templo construido en honor al dios del fuego. Por eso debo comunicaros, que mañana mismo partiré hacia las faldas de los Himalaya y comenzaré la búsqueda del antiguo reino de los dioses avatares, una misión sin ninguna garantía de éxito y que puede ausentarme varios años de este maravillosos santuario. ¿Alguna pregunta?

Los veinte monjes iniciados se miraron unos a otros con gesto de sorpresa, pues todos ellos habían renunciado a una vida convencional esperando obtener los enormes poderes de la sacerdotisa, pero ahora observaban perplejos como la elegida de Kali iba a desaparecer sin apenas haber completado sus primeras enseñanzas.

—No os preocupéis tanto por el futuro, mis queridos iniciados —prosiguió Sadhana ante el incesante murmullo de los acólitos—. Pensad que en cuanto encuentre el paraíso perdido de Shambhala, vosotros también os beneficiaréis de ello y entonces podremos continuar con el emocionante camino que emprendimos juntos. Mientras tanto, continuaréis con las mismas rutinas de trabajo y meditación, aunque también deberéis pensar en la idea de defender la vida de estos sagrados bosques. Durante mi ausencia, Amit se

encargará de todo y os continuará instruyendo en el conocimiento y manejo de los misterios menores. ¿Alguna pregunta?

—Creo que los cazadores de ayer acaban de llegar a la charca de los elefantes... ¡Deberíamos ponernos de camino de inmediato! —manifestó el veterano monje Amit con cara de rabia y preocupación.

—Yo también lo he sentido, ¡ya es hora de acabar con todos ellos!

Sadhana salió del templo en estampida y comenzó a correr con el brío de un potrillo desbocado, su dulce semblante se había transformado y su mirada adquirió el temible brillo de un animal salvaje. El atlético monje Amit la seguía con dificultad y dispuesto a dar su vida por ella, aunque tenía el firme mandato de no intervenir a menos que fuera estrictamente necesario. Después de recorrer varios kilómetros de impenetrable y punzante selva, por fin la agresiva vegetación se fue volviendo menos frondosa y un gran pantanal salpicado de palmeras se abrió como una flor ante ellos... La sacerdotisa enseguida advirtió el denso humo de una hoguera y se detuvo a una distancia prudencial, pensando en cómo debía actuar ante la persistente banda de cazadores furtivos.

—Creo que esta vez solo han venido tres, ¿qué opinas? —preguntó Amit con gesto cansado, agazapado como un felino entre un pequeño bosque de cañas de bambú.

—Opino, que como ayer les dejamos marchar con el marfil, seguro que volverán a venir una y otra vez hasta que no quede un solo elefante en la selva.

—¡Mira bien Sadhana!, porque esta vez parece que llevan unos rifles mucho más modernos, tal vez en esta ocasión debería acompañarte...

—No te preocupes tanto por mí, noble Amit, ya conoces que todavía ostento el beneplácito de la diosa Kali y que también gozo de la extraordinaria protección de la madre tierra, todo ello fruto del sagrado juramento que hice de preservar la vida de estos bosques a cualquier precio... ¡Tú ya sabes lo que tienes que hacer ahora!

Amit agarró con fuerza la daga que colgaba de su túnica negra y miró al nervioso horizonte con ademán altivo, sin dudas y dispuesto a desenfundarla si la joven sacerdotisa se veía en dificultades.

—Todavía recuerdo cuando eras una pobre niña indefensa y te recogimos moribunda vagando por las calles de Calcuta —expresó el monje con aire melancólico—. Pero lo que nunca imaginé, es que en tan poco tiempo pudieras llegar a convertirte en una muchacha tan valiente y extraordinaria.... Aunque ya sabes que matar interfiere en el libre albedrío de las personas y crea abundante energía negativa, unas fuerzas desatadas e impredecibles que algún día se pueden volver en tu contra... ¡Piénsalo bien antes de actuar!

—Ya lo he meditado muchas veces, insistente voz de mi conciencia, y sabes perfectamente que continuaré ajusticiando a cualquier desalmado que se lo merezca —aseveró la sacerdotisa con ademán serio y mirada encendida.

Entretanto, los tres cazadores ya habían terminado de montar el improvisado campamento y se perpetraron detrás de unos tupidos matorrales, con las armas perfectamente cargadas y a la espera de que algún gran elefante se acercara confiado a beber.

—Ahora tienen ventaja, creo que deberíamos esperar un poco más —manifestó Amit con gesto intranquilo, mientras ataba con parsimonia su larga cabellera gris.

—Nosotros podemos permanecer aquí toda la vida, querido Amit, pero los pobres elefantes no se pueden permitir esperar más tiempo. Además, ¿quién desconfiaría de una inocente muchacha que se asea en la marisma...?

Sadhana sonrió con gesto pícaro y sin prisas comenzó a bordear la solitaria orilla, cuando estuvo bien cerca de los cazadores se introdujo en el agua y con mimo comenzó a frotar su delicada túnica de seda roja. Pasados solo unos minutos, los matorrales donde permanecían apostados los tres furtivos empezaron a moverse frenéticamente, pero la sacerdotisa no se dio por enterada y continuó indiferente con su sensual aseo matutino.

—¿Qué haces aquí muchacha, es que acaso no ves el humo del campamento? —expresó enojado el más fornido de los cazadores.

La hermosa sacerdotisa se cubrió inmediatamente sus piernas desnudas y sonrió con gesto lascivo, el agua había mojado sus finas vestiduras y las excitantes formas de su joven cuerpo se transparentaban por completo.

—Creo que necesita relajarse, señor... ¿Por qué no viene un rato con la dulce Sadhana y le ayudo con su mal genio?

El jefe de los cazadores se quedó atónito y con gesto sonriente comenzó a quitarse la ropa de militar que lo encorsetaba, al tiempo que con voz marcial vociferaba a sus compañeros que lo esperaran en el campamento. A continuación, dejó su moderno fusil apoyado en un árbol cercano y empezó a avanzar acaloradamente hacia la insolente muchacha.

—¡No sé de dónde has aparecido, preciosa criatura; pero te voy a hacer mía una y otra vez!

El musculoso furtivo comenzó a acariciar apasionadamente los desnudos pechos de la sacerdotisa, mientras que con lujuria desatada intentaba sacarla del agua y llevarla apresuradamente hacia la orilla... Sadhana le siguió pacientemente el juego durante unos frenéticos minutos, justo hasta comprobar que los otros cazadores ya se habían alejado completamente de sus puestos de observación.

—¡Vamos pequeña! ¿Pero, por qué te resistes ahora?

La discípula de Kali adquirió la mirada de un felino enrabiado y su fuerza se multiplicó inmediatamente por diez, con furia contenida y potencia sobrenatural, agarró la cabeza del desconcertado cazador hasta sumergirlo completamente en la charca.

—¡Ahora ya no volverás a matar! —exclamó la letal sacerdotisa con la mirada extraviada, mientras que con ambas manos absorbía la energía vital del desafortunado cazador.

El jefe de los furtivos todavía se resistía intentando deshacerse del fuerte agarre al que le sometía joven, pero pronto se fue quedando sin fuerzas y en apenas unos minutos dejó de luchar. Mientras, Amit avanzaba precavidamente hacia la muchacha y se

colocó a una distancia de seguridad, era perfectamente consciente de que no debía acercarse demasiado a la elegida de Kali cuando esta entraba en trance.

—¡Déjalo ya, Sadhana! —gritó el monje desde la distancia—. ¿No ves que ya está muerto...? ¡Ahora debemos concentrarnos en los otros dos!

La sacerdotisa soltó al fornido cazador y su cuerpo sin vida emergió flotando boca abajo, al instante, sus ojos enrojecidos por la cólera se fueron dulcificando y volvieron a adquirir su maravilloso color esmeralda.

—¡Tú esconde el cuerpo de este desalmado y quédate aquí hasta que regrese! —indicó Sadhana con gesto impaciente.

—Ya sabes que por ti iría hasta el fin del mundo —contestó solemnemente el precavido monje de túnica negra y largos cabellos trenzados.

Sadhana había recobrado el angelical aspecto de su rostro y salió de la charca en dirección al campamento, con las ropas todavía mojadas, caminaba transparentando su altiva y escultural figura como una fierecilla salvaje. Los dos cazadores se encontraban fuera de la tienda limpiando sus rifles, ajenos a la terrible furia de la naturaleza que se les venía encima.

—¿Y bien, quién quiere ser el siguiente? Vuestro jefe me ha pagado generosamente y espera que cumpláis...

Los dos furtivos se quedaron completamente cautivados ante la imponente aparición de la joven, sus ojos no daban crédito al prodigio sexual que tenían tan cerca y la sangre les comenzó a hervir de deseo.

—¿Y por qué no lo haces con los dos a la vez? Seguro que te iba a gustar —insinuó excitado el más joven de ellos.

Sadhana cerró sus ojos en señal de consentimiento y avanzó hacia ellos mostrando su torso semidesnudo, los dos hombres dejaron confiadas sus armas y enseguida comenzaron a manosearla por todas partes... Ella se dejó llevar durante unos febriles minutos de pasión fingida, estirando el tiempo mientras intentaba calen-

tar mentalmente las palmas de sus manos... Una vez notó que las tenía completamente rojas y encendidas, agarró a los dos furtivos enérgicamente por los genitales y sus gruesas ropas de algodón comenzaron a combustionar descontroladamente.

—¡Esto va por todos los elefantes que habéis dado caza dentro de estas sagradas selvas! ¡Sentid la hoguera de vuestros propios pecados y como se consumen bajo el fuego de la diosa Kali! —exclamó la sacerdotisa llena de rabia y satisfacción.

Los dos cazadores intentaron desesperadamente apagar las llamas que les consumían rodando precipitadamente por el suelo del bosque, pero Sadhana los agarró fuertemente por los tobillos y empezó a absorberles la poca energía vital que aún les quedaba... Al poco tiempo, ambos dejaron de gritar y retorcerse de dolor, el mal karma de sus actos pasados ya les había pasado suficiente factura y la justiciera sacerdotisa se alejó de ellos sin mirar atrás... Con gesto sonriente, cubrió su torso desnudo con los restos rasgados de la túnica y alzó su encantadora mirada al cielo de los dioses.

—Veo que ya vuelves a ser la misma, menos mal Sadhana, porque temo el día en que no puedas salir del trance y el espíritu destructivo de Kali se apodere completamente de ti —expresó Amit con gesto aliviado y sonriente, feliz de verla llegar con su aspecto dulce e inocente de siempre.

—Te preocupas demasiado por mí, noble amigo, aunque a partir de mañana ya no te tendré cerca para guardarme las espaldas.

—Creo que te has vuelto tan poderosa que ya no vas a necesitar de mis atenciones, ¿sabes cuánto tiempo ha pasado desde que te recogimos de las calles de Calcuta?

—Pues no sé, porque la verdad es que hace mucho tiempo que no pienso en el tiempo —respondió la joven con una amplia y resplandeciente mueca de felicidad.

—¡De aquello hace más de treinta años, Sadhana!... ¿Recuerdas que por aquel entonces yo era un adolescente recién acogido por la comunidad, y ahora ya tengo canas? Sin embargo, tú sigues conservando la apariencia de una joven universitaria, cuando en

realidad deberías tener el aspecto de una mujer adulta de más de cuarenta años.

—Sabes que cada vez que absorbo energía, la vibración de mi cuerpo aumenta y noto cómo nacen en mi interior nuevos y fantásticos poderes. Es algo increíble, querido amigo, porque ahora ya soy capaz de calentar mentalmente mis manos sin apenas tener que concentrarme, un milagro que solo acontece cuando dejamos de estar pendientes del paso del tiempo y nos conectamos con las poderosas energías que alimentan el universo.

—¿Y por qué nadie más del templo ha obtenido tus extraordinarias habilidades? —inquirió el monje.

—He observado que en el fondo todos vosotros dudáis de la magia y poderes de los antiguos dioses de la India, y en el momento en el que dudáis, inevitablemente también os desconectáis de las sensibles energías que proporcionan esos mismos poderes. Porque llega un momento en que hay que elegir entre rezar menos y actuar más, entre tomar parte y defender las injusticias como haría Shiva, o bien no hacer nada y permanecer en estado meditativo como haría Brahma —manifestó la sacerdotisa con voz penetrante, entretanto intentaba recomponer su maltrecha túnica.

—Pero, ya conoces que tomarse la justicia por la mano puede acarrear terribles consecuencias.

—Calla y escucha Amit, siente lo que opina la selva de todo esto...

La charca de los elefantes comenzaba a crear su propia orquesta de gratitud y cientos de pájaros volvían a entonar sus maravillosos cánticos de alegría: libélulas, mariposas y grullas, regresaban revoloteando a sus nidos de dicha y la marisma se fue llenando de vida y esperanza. A lo lejos, un grupo de elefantes entonaba el vibrante sonido de sus trompas mientras se acercaban confiados a beber; manadas de búfalos y antílopes también aparecieron de la nada y enseguida se unieron a la singular comitiva... El claro de selva recobraba su antiguo esplendor de antaño y sus animales parecían querer expresar su

sentido agradecimiento; sensibles y nobles como la naturaleza de la madre tierra, mansos y amorosos como la esencia misma del creador.

—¡Tú has extirpado el cáncer que consumía este rincón selva y ahora toda la vida comienza a recuperarse! —expresó Amit con sus ojos negros muy abiertos, totalmente extasiado ante el maravilloso espectáculo que estaba contemplando —. Pero también sabes, que tarde o temprano otro grupo de cazadores vendrá a esta laguna en busca de marfil, ¿verdad Sadhana? Y cuando esto ocurra, ¿qué es lo que deberíamos hacer nosotros?

—Mira a estas maravillosas y nobles criaturas, querido amigo, ¿acaso ves en ellas un ápice de egoísmo o maldad? ¿Y no deberían ser así todos los lugares de la tierra?... Un mundo donde hombres y animales puedan vivir en armonía y evolucionar juntos.

—¿Entonces, a partir de mañana deberemos actuar como tú con los furtivos? —insistió el veterano monje.

—Eso es algo que en los próximos días tendréis que resolver entre todos vosotros, porque no todo el mundo puede soportar la enorme carga que representa defender la vida a cualquier precio. Pero sea cual sea vuestra decisión, que lo primero sean los sentimientos y después venga la razón —sentenció la sacerdotisa con lágrimas en los ojos.

Amit asintió con la cabeza y los dos amigos de aventuras se pusieron a caminar en dirección al templo, cada uno escarbando en sus propios pensamientos, ilusiones y decepciones; unos sentimientos a flor de piel que tarde o temprano tendrían que empezar a compartir.

—La naturaleza lleva muchos siglos molesta con el hombre y los animales nos tienen marcados en sus genes como especie enemiga —reflexionó Sadhana con semblante serio —. Al perseguirlos, enjaularlos y cazarlos, hemos alterado el buen carácter de los seres del bosque y ahora huyen despavoridos de nosotros, unas selvas desahuciadas y maltratadas que están pidiendo a gritos que alguien tome parte y las defienda.

—La mayoría de iniciados del templo llevamos adorando a la consorte de Shiva más de media vida, y mucho me temo, que todavía no hemos comprendido y captado su verdadera esencia... ¡Y tú lo hiciste tan rápido!

—Piensa que la armónica y resplandeciente presencia de Kali está por todas partes, querido Amit, una diosa que únicamente se arrodilla ante la bondad y arremete con furia contra cualquier clase de injusticia. Aunque ya os he dicho muchas veces, que para conseguir su transformadora y poderosa *sakti*, antes tenéis que firmar un contrato interior de sincero y firme compromiso con la madre tierra.

—¿Aunque ese contrato represente matar, Sadhana? Porque esos inconscientes cazadores seguro que tenían unas familias que dependían de ellos, unas vidas y destinos que tú has alterado para siempre.

—Cada persona recoge lo que siembra, y si tú cazas a inocentes animales y siembras muerte, al final la parca solo puede venir a buscarte —argumentó la instruida sacerdotisa con voz algo cansada—. Y lo menos importante es que la justicia divina provenga del mordisco de una cobra, o venga de las manos desnudas de una mujer, porque lo único trascendente es salvaguardar la vida del planeta y defender las miles de injusticias que padece; tal y como haría la diosa a la que tanto adoráis y tan poco entendéis.

Hacía ya un buen rato que los dos ascetas habían entrado en un profundo bosque de enredaderas y zarzales espinosos, una espesa maraña sin caminos que había mantenido oculto el templo durante muchos siglos.

—Recuerda que las dudas y la falta de compromiso con la tierra, al final te apartarán de las inteligentes y sensibles energías que fluyen a través de los bosques —prosiguió Sadhana—. Unas fuerzas abiertas a los deseos de los hombres que brotan constantemente de la mente del creador y forman la base misma de la vida, los cimientos de una realidad que únicamente podrás alterar cuando firmes tu carta de compromiso con la madre naturaleza y dejes atrás todas las dudas que te atemorizan.

—Porque sin compromiso, no hay poder; porque sin fe, no hay milagros... ¿verdad, Sadhana?

—Muy cierto querido amigo, porque solo cuando las dudas desaparecen, sabemos que hemos escogido el camino correcto.

—Trataré de compartir esta nueva y sorprendente filosofía con el resto de los iniciados, aunque quizás ya nos hemos vuelto demasiado conformistas y ahora nos va a resultar muy difícil cambiar nuestra pacífica forma de ser.

—Piensa que algún día deberéis escoger tomar el camino de la gacela o seguir la senda del tigre; elegir entre ser dóciles y resignados como el precavido herbívoro, o valientes y rebeldes como el osado carnívoro. Pero lo que no podéis hacer, es estar siempre dudando de la elección —reflexionó la sacerdotisa con rotundidad.

Después de atravesar kilómetros de selva hostil y desgarrada donde todo parecía querer rascar, pinchar o cortar; finalmente aparecieron las dos inmensas columnas de mármol blanco que daban acceso al santuario de Kali, imponente y bucólicamente mimetizado entre enredaderas, zarzales y musgos colgantes. Los dos amigos atravesaron los pilares de piedra y se dirigieron hacia un secreto pasaje que daba acceso a una remota biblioteca, una estancia octogonal formada por decenas de estanterías de roble que aparecían repletas de antiquísimos manuscritos y pergaminos. Amit encendió con diligencia las siete lámparas de aceite que colgaban de las gruesas vigas del techo, después sopló el polvo que cubría la maciza mesa circular y se sentó pacientemente a esperar acontecimientos... Entretanto, Sadhana ya había escogido unos de los antiguos manuscritos y se acomodó despreocupadamente frente a su protector, inocente y delicada como si jamás hubiera roto un plato.

—Pero, ¿por qué deseas tanto hallar el mítico reino de Shambhala? Una quimera que se ha llevado la vida de muchos monjes aventureros y buscadores curiosos, y los pocos exploradores que han vuelto para contarlo, siempre lo han hecho completamente desilusionados y firmemente convencidos de su total inexistencia —observó Amit con ademán resignado.

—Ya sabes que llevo mucho tiempo teniendo sueños acerca de ese mágico y esquivo lugar, pero es la primera vez que se me muestra una pista tan clara y no voy a desaprovecharla... Sin dudas y siempre adelante, querido amigo.

—Buscas el mítico tridente de Shiva, ¿verdad, Sadhana?

—La humanidad lleva demasiado tiempo llorando y sufriendo en silencio, un mundo injusto donde todas las buenas personas necesitan urgentemente de esperanza y libertad, un alma comprometida con los lamentos de la tierra que les devuelva las ganas y la ilusión por vivir.

—Y por eso necesitas con tanto apremio el arma del gran avatar, para obtener rápidamente los inimaginables poderes de Shiva y convertirte en la salvadora del mundo. ¿No es cierto, Sadhana?

—Eres muy observador e intuitivo, querido Amit —respondió la sacerdotisa con voz carrasposa, elevando la vista del antiguo manuscrito empolvado—. Y aunque siempre seas el primero en desaprobarme mis conductas, alguna vez tendrás que dejarte imbuir por el espíritu de la diosa y pasar a tomar parte activa en la defensa de la madre tierra.

Sadhana observaba ensimismada el viejo reloj de arena situado en el centro de la gran mesa, con gesto pensativo lo acarició entre sus finos dedos y le dio completamente la vuelta.

—La arena que marca el paso de las horas es siempre la misma, sin embargo, con cada vuelta del reloj los acontecimientos siempre ocurren de forma diferente —prosiguió la sabia sacerdotisa con mirada profunda y reflexiva, con sus cautivadores ojos verdes sobresaliendo de la monótona penumbra de los estantes—. Y ahora mismo la humanidad se encuentra sumida en la terrible vuelta de la Kali yuga, noble Amit, un tiempo de desigualdades y conflictos crecientes donde la codicia parece imponerse a la generosidad. Una era oscura donde las fuerzas negativas alcanzan su máximo poder de destrucción y regeneración, un universo que reorganiza sus energías y equilibra el karma de todos sus seres.

—Y tú pretendes acelerar el orden natural de todas las cosas y convertirte en el brazo ejecutor de la diosa, una misión suicida que

interfiere en el sagrado libre albedrío de las personas y que en cualquier momento puede volverse contra ti —manifestó el veterano monje visiblemente preocupado.

—Ahora veo muy claro porqué Kali me eligió solamente a mí... Pues todos vosotros sois grandes eruditos y personas muy cultas, pero os continúa faltando esa divina chispa de fe y coraje, una falta de rebeldía que es común en todo el planeta y que ha permitido que los tiranos sin sentimientos se hagan con el control del mundo.

—¿Y tú vas a ser la elegida que ajusticie y nos salve de toda esa horda de malvados, verdad Sadhana? —expresó el veterano monje con ruda ironía.

—¿Acaso vas a serlo tú, Amit? —respondió la sacerdotisa con la misma pregunta.

El veterano e incisivo monje se fue quedando poco a poco sin argumentos convincentes, sobrepasado ante la pericia demostrada por la joven y mirando distraído el hipnótico paso de la arena tras el cristal; una arena que en cada vuelta de la vida resultaba ser siempre la misma, pero que al mismo tiempo acontecía con percepciones y suertes muy distintas.

—Yo sigo pensando que cada persona tiene un destino único que vivir y experimentar, y no creo que sea nada bueno tratar de alterarlo —sostuvo el perseverante monje.

—Eso es del todo cierto cuando el destino nos otorga sentido y esperanza, ¿pero qué ocurre cuando la vida solo nos reserva injusticias y sufrimientos? ¿O es que acaso ibas a permitir el padecimiento de tus hermanos, teniendo en tus manos el poder para remediarlo? Reflexiona querido amigo, que cuando ves a una persona inocente que sufre en exceso siempre puedes actuar de dos maneras: o te interesas por ella e intentas ayudarla con toda tu alma, o bien pasas de largo y continúas con tu camino. ¿O es que ya no recuerdas cuando me recogisteis medio moribunda vagando por las calles?... Porque entonces sí que alterasteis completamente mi destino y no tuvisteis ningún remordimiento en hacerlo.

El monje Amit se quedó pensativo unos minutos y asintió en señal de respeto y aprobación, pues al fin había comprendido y aceptado los contundentes razonamientos de su admirada maestra... Justo al mismo tiempo que sonaba el expeditivo «gong» del templo anunciando la última comida del día, un sonido amigo que siempre invitaba a compartir y que todos los iniciados esperaban con ganas.

—¿Subirás al comedor, o bien quieres que te acerque una bandeja con la cena?

—La verdad es que no tengo hambre y creo que me quedaré un rato más repasando este curioso manuscrito budista, mientras tanto, puedes decirle al resto de los iniciados que me reuniré con todos ellos en cuanto asome la media luna.

Amit asintió de nuevo con la cabeza y se retiró por el estrecho pasadizo sin apenas hacer ruido, cabizbajo y pensativo iba encendiendo las velas y candiles del santuario con paso dubitativo, como un fantasma entre las sombras que solo quiere descubrir la esencia de la luz... Pasadas unas horas de lectura y recogimiento interior, la sacerdotisa salió de la biblioteca y encaminó sus pasos hacia la gran sala de las meditaciones, liviana e ingrávida como una cálida brisa de verano. Cuando llegó a la estancia, los veinte iniciados ya se encontraban sentados en posición de loto, expectantes y rodeando la majestuosa estatua de la diosa azul de cuatro brazos. Sadhana los miró con ternura y abrió dos grandes ventanales que daban a la zona sur del templo, a continuación, se aposentó en el centro de la gran sala y encendió siete varillas de incienso que fue clavando sobre el piso de tierra roja, mientras que sus inmensos ojos color esmeralda escudriñaban con sigilo el cautivador semblante de la luna.

—He decidido que a partir de mañana la gran biblioteca permanecerá siempre abierta y accesible, porque las grandes obras se han escrito para regalar sabiduría y conocimiento, y no para que cojan polvo en las estanterías sin que nadie las lea —expuso la instruida y sensual sacerdotisa—. Unos estudios que espero que compaginéis con la enérgica defensa de estos sagrados bosques y

sus maravillosas criaturas, aunque esta decisiva elección la deberéis tomar sin mi presencia, sopesando con maestría todas las ventajas e inconvenientes que puede provocaros. ¿Alguna pregunta?

Los veinte monjes y novicias se miraron los unos a los otros sin saber muy bien lo que decir, pues la mayoría de ellos eran todavía muy jóvenes y siempre habían llevado una existencia muy pacífica.

—Meditad sobre los conceptos del bien y del mal mientras dure mi incierta búsqueda —prosiguió Sadhana ante el prolongado silencio del auditorio—. Dos sentimientos que llevan disputándose el trono del universo desde el principio de los tiempos, una batalla entre el egoísmo y la generosidad que todavía continúa librándose en el corazón de todos los hombres.

—Pero no en el tuyo, ¿verdad Sadhana? Porque tú ya has decidido —observó una de las novicias.

—Y también acepto todas las consecuencias de mis profundas y meditadas decisiones, porque en esta vida podéis tomar parte activa y defender las injusticias, o bien aceptarlas y bajar la cabeza; pero ya sabéis que lo que no podéis hacer es estar siempre dudando. Recordad que cuando la duda se instala os desconectáis de la magia que domina el universo, entonces los sentimientos se alborotan y la vida no avanza —sentenció la sacerdotisa.

—Nos vamos a sentir muy tristes cuando te vayas, porque todos nosotros esperábamos con muchas ganas el principio de las sagradas iniciaciones —expresó con desazón el más joven de todos los monjes.

Sadhana alzó la vista y miró el cielo nocturno con gesto comprensivo, un firmamento agradecido que cubría la estancia con el sibilino duende de los misterios, el insondable sastre de los claroscuros que iba vistiendo de sombras el tenue brillo de las velas.

—No estéis tristes, mis queridos hermanos de fe y sentimientos; porque antes de un año prometo estar de vuelta, sea cual sea el desenlace de esta emocionante aventura. Pero comprended, que lo que no puedo hacer es ignorar los designios de los dioses y olvidar las clarividentes señales del universo. ¿Alguna pregunta?

—El problema es que todos nosotros tememos por tu vida, recuerda que casi nunca has salido de estas selvas y tendrás que enfrentarte sola a un mundo desconocido y hostil —declaró Amit desde el fondo de la gran sala.

—Medita que un poco de aventura y riesgo siempre forman parte de cualquier vida que merezca ser recordada, fiel Amit, porque mientras goce de la protección de la madre Kali, nada malo puede sucederme. ¿No crees?

—¿Y hasta cuándo durará esta divina protección, Sadhana? Porque los ritmos positivos y negativos de la vida van y vienen como las olas del mar —insistió el monje.

—Pues que esos ritmos me lleven directamente al cielo, o me descendan hasta el infierno; ¡pero jamás cejaré en mi empeño de dar consuelo y esperanza a todos los necesitados de este sufrido mundo! —afirmó la joven sacerdotisa con el ánimo en rebeldía —. Ya sabéis que convertirme en el abrazo de la diosa fue una decisión profundamente meditada, nacida y gestada por el firme compromiso mental que adquirí con las sensibles fuerzas que dominan la naturaleza... Pensad que a partir de mañana todos deberéis reflexionar sobre vuestros compromisos y convicciones más profundas, decidir si vais a dar vida propia a las tibias emociones que sentís por dentro, o si continuáis apagando el fuego de vuestros sentimientos de justicia en el estanque de las dudas... ¿Alguna pregunta más?

Pero aquella noche de primavera los iniciados se sentían tristes y no tenían demasiadas ganas de conversar, aunque todos se levantaron espontáneamente para abrazar a la sacerdotisa y mostrar el gran afecto y devoción que sentían hacia ella. Uno a uno, los veinte monjes y novicias fueron desfilando ante la angelical jovencita de cuarenta años, lágrimas y lamentos que no intentaban disimular el gran vacío sentimental que les provocaba su inesperada marcha. Sadhana se despidió de todos ellos con palabras de ilusión y esperanza; transformando en alegría la honda tristeza que sentían sus corazones, arrancando con paciencia la primera sonrisa de sus

decepcionados rostros. Ya era medianoche y la gran sala de las meditaciones se fue quedando poco a poco vacía, tan solo el fiel Amit permanecía aún cabizbajo, oculto entre las sombras que proyectaban las dos enormes columnas de mármol blanco.

—¿Y qué sucederá si durante el viaje te enamoras? Porque mucho me temo que entonces ya no querrás volver —insinuó el perspicaz monje con voz temerosa.

—Ya sabes que las sacerdotisas perdemos buena parte de nuestros poderes cuando nos enamoramos, algo que nunca sucederá porque mi único amor se llama Kali —aseveró Sadhana con gesto seguro, jugando despreocupadamente con el espeso humo del incienso.

—Has conocido poco mundo, Sadhana, y ahí fuera existen numerosas tentaciones que te pueden hacer cambiar de opinión.

—Ya veo que confías poco en mí y en el fondo todavía me ves como una niña inocente, pero ya deberías saber, que nada ni nadie me va a distraer de mi sagrada misión.

El veterano monje salió de la penumbra envuelto en el perturbador misterio que cubre todas las noches, una madrugada hambrienta de luz que devoraba todo lo banal e impulsaba los pensamientos más originales y transformadores.

—Una misión suicida que solo se sustenta en una antigua e inexacta leyenda, una quimera que al final solo te terminará alejando de este santuario. Ya sabes que en tiempos pasados fueron muchos los monjes de este templo que partieron en busca de Shambhala, pero ninguno de ellos regresó jamás —advirtió Amit con la mirada triste, mientras avanzaba cabizbajo hacia la hipnótica sacerdotisa.

—Piensa que el éxito o el fracaso de una vida solo depende de dos cosas: de la fe que le pongas en vivirla, y el coraje que demuestres al defenderla —reflexionó Sadhana con los ojos bien abiertos, iluminando la oscuridad con la luz de sus palabras. Recuerda que la fe transforma a los hombres corrientes, en guerreros nobles e indestructibles, porque creer nos conecta automáticamente con las poderosas energías del universo y la vida adquiere el invencible

aliento de los dioses. Medita querido Amit, que la fe disuelve la sal de las dudas y limpia el barro de los temores, impulsa el coraje en los corazones y atrae la magia de los milagros.

Lentamente la noche se había quedado sin habla porque ya estaba todo dicho, después de unos eternos minutos en silencio meditativo, la joven sacerdotisa se alzó del suelo y acarició la cabeza del preocupado monje en señal de despedida.

—Recuerda que intentaré volveré antes de un año, y espero que para entonces las resignadas y obedientes ovejas, ya se hayan transformado en valerosos y osados tigres.

Sadhana tragó saliva y miró por última vez a su abnegado protector, entre lágrimas disimuladas y aliento descarnado, dio media vuelta y se alejó por la puerta dorada hacia sus aposentos; divina y etérea como un ángel recién caído del cielo, sensual y poderosa como las brillantes estrellas del firmamento.